

APROXIMACIÓN A LA CRONOLOGÍA DEL GRUPO COGOTAS I

*Germán Delibes
Manuel Fernández-Miranda*

El grupo Cogotas I, caracterizado por el uso de cerámicas decoradas con dos técnicas un tanto particulares como la excisión y el Boquique, ha sido objeto a lo largo de la historia de la investigación de muy diferentes interpretaciones. Hoy, sin embargo, descartado el origen foráneo de la primera de las técnicas mencionadas que dio pie a relacionar el complejo con exóticos fenómenos de inspiración nortepirenaica (casi siempre los Campos de Urnas o Hallstatt), todos los que a él se refieren proclaman unívocamente su indigenismo y más concretamente su vinculación con el mundo campaniforme de Ciempozuelos, lo que se sustenta en tres puntos fundamentalmente: el hecho de que ambos complejos se caractericen por el uso de cerámicas de incrustación de pasta blanca cuyos temas se realizan con técnicas —incluso en el caso de la excisión— bastante similares; la cada vez más evidente identidad de las costumbres funerarias de uno y otro grupo y, por último, la coincidencia básica de sus territorios que se sitúan primordialmente en el baluarte de la Meseta pero con decididas proyecciones periféricas, sobre todo hacia el Sur y el Levante.

Esta última circunstancia que podría animarnos a afirmar, con una cierta generosidad, que Cogotas I fue una cultura de alcance peninsular, con manifestaciones en puntos tan alejados como Oporto (Tapado de Caldeira), Castellón de la Plana (Borriol), Granada (Purullena), Sevilla (Carmona) o Álava (Solacueva), también podría sin embargo contribuir a crear la falsa imagen de un mundo escasamente uniforme, en función de la diversidad de medios en que se asienta. Casi todos los datos, empero, apuntan lo contrario, poniendo de manifiesto repetidamente no sólo análogas muestras de cultura material, sino también similares formas de vida. Así, salvo tal vez en Purullena donde

hay mayor continuidad de hábitat, la impresión general es de que se trata de gentes poco estables, dinámicas —la endeblez general de sus estructuras de ocupación, la alta densidad de yacimientos en ciertos puntos de la Meseta Norte, la inexistencia de necrópolis de alguna envergadura, y hasta la adecuación ocasional de las estaciones a rutas de transhumancia tradicionales, lo avalarían— que aunque no dejen de practicar cierta agricultura de cereales, se dedican de forma preferente a la ganadería (bóvidos, oveja, cerdo y caballo), y en cuya dieta ha decrecido notablemente en importancia la proteína de origen cinegético.

Mas no es ninguno de estos puntos, sobre los que tanto se ha elucubrado, el que nos proponemos tratar aquí, sino el de la cronología de Cogotas I, aspecto que vamos a abordar desde una triple perspectiva: las referencias estratigráficas, las asociaciones de elementos cronológicamente significativos y las fechas radiocarbónicas. A través de los dos primeros capítulos nos proponemos «fijar» Cogotas I dentro de los parámetros convencionales establecidos para subdividir la Edad del Bronce; después, con las fechas absolutas, intentaremos matizar su desarrollo, no tanto con vistas a perfilar su periodización, que ha sido brillantemente establecida en un trabajo reciente por FERNÁNDEZ-POSSE (1982), como a discutir los términos anterior y posterior de su evolución.

a) *Referencias estratigráficas*

Aluden, obviamente, a relaciones de anterioridad, posterioridad o sincronismo del grupo Cogotas I con otras culturas. Un detalle que podría parecer sorpren-

dente es que la mayor parte de los datos a manejar en este sentido proceden de los territorios marginales de Cogotas I, es decir, no de la Meseta sino de la periferia peninsular; y sin embargo hay una parte de lógica en ello desde el momento en que la aparición de las cerámicas propias de este mundo en los contextos locales produce un contraste de fácil captación, que se erige en inevitable y valioso punto de referencia para las culturas sobre las que incide.

En el Sureste, donde la irrupción de las gentes Cogotas I parece haber tenido un notable alcance —anótense cerámicas características en cerca de una docena de puntos de Almería, Granada, Murcia y Alicante (MOLINA GONZÁLEZ, 1978)—, los yacimientos que proporcionan una mayor información estratigráfica son el almeriense de Fuente Álamo y los granadinos de la Cuesta del Negro y el Cerro de la Encina, a través de los cuales se advierte que la aparición de tales cerámicas es resultado de un avance del complejo meseteño coincidente con el declive argárico. No sería erróneo, según ello, afirmar que las fases finales de El Argar representan un fidedigno término *post quem* para la irrupción Cogotas I, lo cual reviste no poca importancia para situar la fase expansiva de dicho mundo. Pero resulta necesario matizar un poco más en la valoración de ese contacto Argar/Cogotas.

Al respecto parecería acertado, según los primeros informes de las excavaciones del Cerro de la Encina de Monachil y la Cuesta del Negro de Purullena, afirmar que el avance de las Cogotas I tuvo lugar ya producido el ocaso del Pleno Bronce argárico. Por ello se hablará de *ruptura* en el Cerro de la Encina entre los niveles IV (último de Argar) y III (ya con Boquique), o lo que es igual, las fases IIb y III del poblado, aunque los recién llegados continuasen haciendo uso del llamado «bastión» argárico (ARRIBAS *et alii*, 1974, 148). De igual modo, en la memoria de Purullena los excavadores explican la existencia de un *hiatus* corto entre las dos fases —estratos I y II argáricos, y posteriores del Bronce Final— del yacimiento (MOLINA y PAREJA, 1975, 56), opinión que reiteran en algún otro trabajo al señalar «que el Horizonte Cogotas I se superpuso a un poblado argárico abandonado años antes» (MOLINA y ARTEAGA, 1976, 187). La postura inicial, por tanto, parece claramente favorable a mantener la ruptura, en los inicios del Bronce Final, entre El Argar Tardío o C y el despegue del complejo meseteño en el Sureste.

No obstante, modernamente ha sido introducida sobre esta primera interpretación alguna novedad que permite matizar la respuesta a la cuestión planteada. Dicha novedad fue insinuada inicialmente por

ARRIBAS (1976, 153) al atisbar la posibilidad de que en Purullena el corte Argar/Cogotas no fuese tan tajante, por cuanto creía advertir *intrusiones* del Bronce Final en los últimos estratos argáricos. La misma idea es recogida por F. DE LA TORRE en su trabajo sobre periodización de El Argar (1978, 151), al comentar que «confluyen en los últimos momentos argáricos granadinos elementos intrusivos del horizonte Cogotas I» y más recientemente es expuesta sin ambages en la síntesis de F. MOLINA GONZÁLEZ. En este último trabajo, sin embargo, se plantea en efecto la «coexistencia de los grupos infiltrados desde la Meseta con la población local (...) durante el Argar Tardío», (MOLINA GONZÁLEZ, 1978, 205), pero sólo a modo de primer contacto entre ambos fenómenos y como punto de partida para una fase ulterior en la que se desarrollan en el Sureste algunos poblados Cogotas I puros, despojados de cualquier matiz local del Argar Tardío, cual es el caso de Purullena que cuenta con cerca de dos metros de sedimentos correspondientes a la ocupación de esa época.

Los recientes trabajos llevados a cabo por el Instituto Arqueológico Alemán en Fuente Álamo parecen corroborar esta última impresión —que al parecer también podría atisbarse en el Cabezo Redondo de Villena (MOLINA GONZÁLEZ, 1978, 205)— al considerarse que las cerámicas de incrustación propias de Las Cogotas Antiguas del Periodo V aparecen en un contexto aún con raíces argáricas que los excavadores proponen llamar Bronce Tardío diferenciándolo del Medio (Argar B) y del Final (Horizonte Galera y de las incineraciones almerienses de tipo Qurénima) (SCHUBART y ARTEAGA, 1980, 271 y 272). Así pues, las primeras infiltraciones Cogotas I en el Sureste no parecen tanto postargáricas como simultáneas de El Argar Tardío o C, y con ello se advierte la necesidad de situar ese momento inicial del influjo meseteño todavía en un Bronce Pleno y con cierta anterioridad a las fechas que tradicionalmente le eran atribuidas en el Bronce Final.

Por otra parte, en Monachil también hay referencias estratigráficas *ante quem* para Cogotas I, constituidas por el horizonte que Molina (1978, p. 217 ss) denomina del Bronce Final II del Sureste, en el que como grandes novedades de cultura material encontramos cerámicas a mano bícromas, con incrustaciones de botones de bronce y con decoraciones bruñidas internas. El estrato III del Cerro de la Encina aún depara algún material Cogotas I —rarificado ya en IIIa— pero en un contexto cerámico en el que se adivinan formas nuevas como las fuentes abiertas de ca-

rena situada a media altura, con un ancho hombro marcado en la superficie exterior, que serán precisamente los que alcancen su óptimo en el nivel II, a veces — como se ha dicho— ya con pintura, definiendo la segunda etapa del Bronce Final de la región.

Este estrato II, por tanto, que más o menos representa lo que los niveles inferiores del Cerro del Real en Galera (SCHULE y PELLICER, 1966), constituiría el término *ante quem* para Cogotas I en el Sureste, y, con sus cerámicas de retícula bruñida interna y fuentes de hombro exterior, parece jugar un papel similar al del nivel IV del «corte de Carmona» en la Andalucía Occidental (CARRIAZO y RADDATZ, 1961), aún teniendo en cuenta que la de esa localidad sevillana parece una estratigrafía, al menos para sus niveles más bajos, excesivamente simplificada. No obstante, en el nivel inferior de la estación o nivel V coexiste el Boquique con otras cerámicas de perfiles más modernos análogas a las fuentes mencionadas del Monachil IIIb y ya algo próximas a las de los platos de retícula interna posteriores, lo que podría avalar su correspondencia con un momento avanzado de Cogotas I, mientras que en el nivel IV se concentran las típicas bruñidas del Bronce Final del Bajo Guadalquivir, si bien con algunos fragmentos ya a torno (PELLICER, 1980).

La evidencia de Carmona, dentro de su imprecisión, es interesante para conocer la incidencia de Cogotas I en el occidente de Andalucía —por lo demás documentada en otras varias estaciones, sobre todo de Los Alcores (AMORES, 1982, 230)— e incluso para plantear aunque ambiguamente su anterioridad al fenómeno de las retículas bruñidas internas en su fase de plenitud. No resuelve, sin embargo, el momento del primer impacto del grupo meseteño en la región, algo sobre lo que arroja alguna luz, por contra, la estratigrafía, del corte 3 de Setefilla (AUBET *et alii*, 1983), aunque no pueda hablarse con propiedad de que sea un yacimiento de Cogotas I. Probablemente la información más novedosa y de mayor alcance proporcionada por las últimas excavaciones en este poblado de Lora del Río haya sido la de documentar un nivel de hábitat correspondiente al complejo de cistas del Suroeste llamado de Chichina/Becerrero/Castañuelo hasta entonces sólo conocido a través de sus manifestaciones funerarias, que permitían situar el complejo en un Bronce más o menos paralelo a la plenitud de la cultura de El Argar en el Sureste. Este nivel, el XV, y su inmediato posterior, el XIVa, no son pues Cogotas I, pero sin embargo ofrecen junto con otras especies cerámicas no menos sorprendentes —por ejemplo ciertos fragmentos pintados— algunas correspondien-

tes a típicos vasos troncocónicos con decoración de zigzag inciso en el interior de los bordes o con campos llenos de puntos que han de ponerse en relación, necesariamente, con el mencionado complejo de la Meseta. Uno de los más atinados comentarios de los investigadores sirve para enfatizar la ausencia de cerámicas campaniformes en este nivel (AUBET *et alii*, 1983, 57-61), lo que contradice la hipótesis de quienes sostienen que tales especies se mantienen en la zona por lo menos hasta el final del Bronce, y por el contrario subraya la presencia de tipos que se conviene derivan de ellos como los Cogotas I, y todo ello en un momento tan temprano (Bronce Antiguo y todo lo más Bronce Medio) como el que reclama el horizonte de las cistas aludido o el enterramiento triple, con excepcional ajuar de guerrero, del mismo nivel XIV de Setefilla (AUBET, 1981).

Contamos ahí, pues, con un argumento sólido para sustentar la antigüedad del primer desarrollo del complejo Cogotas I, no ya en el Bronce Final ni en un momento tardío del Bronce Pleno como reclamarían las interferencias en El Argar C del Sureste, sino aún anterior, verosimilmente en el Bronce Antiguo o el inicio del Bronce Medio, si bien es cierto que los elementos definidores quedan reducidos a los temas incisos junto al borde y faltan excisión y Boquique. Ahora bien, dada la escasez de los fragmentos de este tipo hallados en los niveles aludidos de Setefilla, la impresión es de que se trata de elementos intrusivos, extraños al propio contexto, lo que significaría que proceden de fuera, de algún lugar en el que verosimilmente se produjo el primer fermento de Cogotas I. Si, como se sospecha, ese lugar fueron las tierras altas del interior peninsular y el mundo en que se inspira el complejo Ciempozuelos, seguramente habría que pensar que de allí llegaron las piezas de Setefilla por más que las evidencias estratigráficas meseteñas para contrastar tal acontecimiento sean muy precarias, reduciéndose por ahora al testimonio de la segoviana cueva de Arevalillo de Cega.

FERNÁNDEZ POSSE (1979 y 1981) documenta en ella tres momentos. El más antiguo se identifica con un nivel campaniforme en el que simultanean cerámicas incisas del grupo meseteño que denomina Silos-Vaquera con otras lisas de aspecto en general arcaico; el intermedio —o Arevalillo IIa— corresponde a una ocupación intensiva de la Sala I, con varios hogares bien delimitados y un silo de cereal, en el que persisten campaniformes análogos a los del nivel inferior, incisos y con impresiones triangulares, pero con la novedad que supone su coexistencia con formas lisas más

evolucionadas (fuentes y cazuelas) y sobre todo con algunas especies que ostentan ya decoraciones que en principio cabe juzgar típicas de Cogotas I, cual es el caso de un cuenco con Boquique distribuido en ondas. Por último, el nivel IIb, asimilable en cierto modo a la ocupación del exterior de la cueva, representaría un mundo Cogotas I bastantes asentado —aunque seguramente aún antiguo— en el que lo campaniforme se manifestaría en clara regresión. Arevalillo IIa, de este modo, se erige en testimonio, por el momento único, del anhelado punto de unión entre Ciempozuelos —o, lo que es igual, los estilos que puedan individualizarse dentro de él— y el grupo Cogotas I.

Tan trascendente observación, sin embargo, podría no resolver definitivamente el momento en que se produce dicha unión, ya que no existe unanimidad sobre la fecha del declive de Ciempozuelos. Entre los prehistoriadores españoles ha existido siempre una clara propensión a alargar el desarrollo de los estilos campaniformes, en general, más allá del Calcolítico y del inicio del Bronce Antiguo que es el espacio cronológico que se les adjudica comúnmente fuera de nuestras fronteras. Así ocurrió, por citar un ejemplo, con el propio campaniforme meseteño desde los primeros trabajos de síntesis de CASTILLO (1943, 403), y todavía en parecidos términos nos pronunciábamos todos los que, con bagaje de datos inferior al que hoy cabe manejar, tratábamos este tema hace unos años (DELIBES, 1977, 85). La oscuridad al respecto es aún muy grande, pero tal vez convenga recordar que los campaniformes catalanes tardíos o epicampaniformes asociados a botones en «V» presuntamente modernos como los prismáticos de doble perforación, se datan normalmente hoy, por ejemplo en el nivel 2 de la Roca del Frare, en el siglo XIX, es decir, en fechas bastante antiguas para lo que se presumía, (MARTÍN *et alii*, 1981, 109) y así mismo —como hemos visto antes a través del testimonio de Setefilla— que, en contra de la opinión tradicional, los campaniformes de estilo Carmona han periclitado en el Bajo Guadalquivir antes del siglo XVI (AUBET *et alii*, 1983, 57-61). Sin poder afirmar que otro tanto haya ocurrido en las tierras del interior de la Península, si puede sospecharse algo similar si se tiene en cuenta que la única fecha de C-14 de una tumba típica del óptimo de Ciempozuelos (Fuente-Olmedo, Valladolid) se sitúa en 1670 a. de J.C. (DELIBES y MUNICIO, 1981, 75), y así mismo —conforme documenta también el radiocarbono en Caracena— que el mundo de Cogotas I derivado de él tiene plena carta de naturaleza a mediados del siglo XV (JIMENO, 1982). En Arevalillo IIa, la presen-

cia de una punta de tipo Palmela, análoga a las del mencionado enterramiento vallisoletano, parecería aproximar el contacto campaniforme/Cogotas a la primera de las fechas citadas. Sin embargo, como veremos en detalle más adelante, tal hipótesis no resulta fácilmente compatible con las dataciones absolutas obtenidas en el propio yacimiento segoviano de en torno a mediados del siglo XIV.

En resumen, parece posible deducir de las relaciones estratigráficas que Cogotas I llegó a coexistir con el último campaniforme de la Meseta, que se asomó muy tempranamente al Bajo Guadalquivir —sobre el siglo XVI—, acaso cuando aún no se encontraba plenamente formada, y que irrumpió algo más tarde, tal vez sobre el siglo XIV, pero con mayor fuerza en el Sureste, incidiendo sobre las últimas poblaciones argáricas. En este último lugar su declive coincidió con el alza de las cerámicas pintadas del pleno Bronce Final; en la Andalucía occidental, declina ante el avance del mundo de las retículas bruñidas internas.

b) *Las asociaciones cronológicamente significativas*

Siendo perfectamente conscientes de las limitaciones de la tipología como procedimiento de datación, recurrimos a reparar las asociaciones más significativas de las cerámicas de Cogotas I como fórmula complementaria para contrastar los resultados obtenidos por otros sistemas. Como se ha repetido hasta la saciedad, el tipológico no es, sobre todo cuando se aplica aisladamente, el método de datación más eficaz; ofrece fallas considerables, pero ello no llega a ser razón suficiente para desaprovechar cuanto ofrece de positivo. Por nuestra parte, lo pretendido es analizar entre qué márgenes cronológicos se mueven los materiales que se asocian normalmente a Cogotas I, para ver luego hasta qué punto confirman o rechazan la posición que el radiocarbono y la estratigrafía postulan para ese mundo.

Arevalillo IIa, ratificando su papel de contacto con lo campaniforme, depara el elemento probablemente más arcaico asociado a contextos Cogotas I: una punta de cobre de tipo Palmela (FERNÁNDEZ POSSE, 1979, 71). Sabido es que se trata de un modelo ibérico, bastante difundido por todo el espacio peninsular, cuyo apogeo coincide en la Meseta a grandes rasgos con el óptimo de Ciempozuelos o época de los enterramientos en fosa. En el Sureste se mantiene —a tenor de lo observado en Orce— durante los primeros

compases argáricos, pero ya ha sido sustituido por armas más avanzadas en el Bronce Tardío. En Portugal podría haber persistido, según las asociaciones del no muy fidedigno nivel superior de Alcobaça, hasta mediados del II Milenio. Su vinculación en Pantoja, Toledo, a alabardas de tipo Carrapatas sitúa a estas puntas en torno al siglo XVIII a. de J.C. De cualquier manera —pese a la perduración de algún ejemplar como el burgalés de Padilla de Abajo en el Bronce Final II/III— todas las evidencias recomiendan fijar la posición de las Palmela con anterioridad al 1500, ésto es en el Calcolítico/Bronce Antiguo (DELIBES y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1981, 157-160), y en el caso concreto de Arevalillo con más motivo dada su típica asociación con cerámica de Ciempozuelos.

Para Los Tolmos de Caracena, en Soria, se cuenta también con la referencia de materiales bastante antiguos, si bien el contexto —como se ha dicho— desconoce ya la cerámica campaniforme por completo. No obstante se documenta un botón óseo, cónico, de perforación en «V» (JIMENO, 1983, 52) que aunque pueda tener abundantes paralelos en el Bronce Antiguo, cual es el caso de los de Dijon Les Bourroches, Adlerberg, Straubing o los argáricos, también se detecta en conjuntos campaniformes aparentemente antiguos como los de la fase IV de Montefrío en Granada (DELIBES, 1983). En principio este tipo de botón reclama tanta antigüedad como la Palmela de Arevalillo y únicamente cabe justificar mejor su presencia en un contexto tan avanzado por el hecho de que se trata —a diferencia de la punta metálica— de un material no amortizable. La problemática de este botón podría aparentemente hacerse extensiva a una punta pedunculada de hueso hallada también en Caracena (JIMENO, 1983, 52), por cuanto tales piezas llegan a constatare en ambientes campaniformes, sobre todo en el valle del Ebro y el Pirineo (BARANDIARAN, 1978, 414), pero no debe olvidarse que todavía son relativamente comunes en el Bronce Tardío almeriense (SCHUBART y ARTEAGA, 1980, 273), lo que significa que no representan desfase con las fechas de C-14 de mediados del siglo XV que arroja el horizonte único del yacimiento soriano. Sí nos parece significativo, sin embargo, que por esas fechas las armas metálicas de Los Tolmos, aunque todavía de composición simple a base de cobre sin estaño (JIMENO, 1983, 50), sean ya diferentes a los de Ciempozuelos. Las Palmela han sido sustituidas por puntas de pedúnculo y aletas que recuerdan a las del depósito también soriano de Layna (FERNÁNDEZ-MIRANDA y BALBÍN, 1971, 293), en el que se asociaban a puntas de pedicelo largo posterior-

res, aunque dentro de su misma tradición, a las Palmela; y respecto a los puñales, pueden constituir una derivación de los modelos de lengüeta, pero muy desvinculados ya de los prototipos calcolíticos. Por último, habría que aludir a la problemática del hacha plana de bronce del mismo yacimiento (JIMENO, 1983, 50), para la que no pueden darse fechas excesivamente rigurosas dada la ambigüedad de su tipología, pero para la que sí existe un magnífico término *ante quem* en el *palstave* de un sólo asa de Beratón, también en Soria (FERNÁNDEZ-MIRANDA y BALBÍN, 1971, 295), que constituye el punto de partida de este nuevo tipo de hachas en la zona en torno a 1200/1100 a. de J.C., según se desprende de su estrecho parecido con materiales de la Charente del Bronce Final I (GÓMEZ, 1980, 67). Parece necesario recordar, en todo caso, que la asociación Cogotas I hachas planas no es excepcional, documentándose también en Cueva Tino, Palencia, y verosimilmente en el castro eponónimo de Las Cogotas (FERNÁNDEZ POSSE, 1982, nota 89).

Los materiales de Los Tolmos apuntan, pues, a una posición próxima al tránsito Bronce Antiguo-Bronce Medio, que ratifican igualmente otras asociaciones. Dentro de la precariedad del testimonio, por cuanto no se trata estrictamente de una tumba de Cogotas, sí está relacionado con el nivel XV de Setefilla, en el que como vimos hay inequívocas especies incisas meseteñas del mundo que nos ocupa, un rico enterramiento de inhumación, cuyo ajuar constituido por una larga «rapier», un puñal y una alabarda de tipos relativamente próximos a los argáricos, igualmente ha de llevarse a la mitad del II milenio según opinión, que compartimos, de AUBET (1981).

Por algo más tardíos pasarían los puñales del castro leonés de Ardón y del El Mirón, Ávila, cuya tipología refleja cierta modernidad con respecto a los puñales de Los Tolmos, debiendo situarse dentro de los límites del Bronce Medio. En el caso del leonés, con base bastante recta y dos grandes perforaciones, responde a un modelo relativamente común en el centro y oeste del continente, sobre todo en la Civilización de los Túmulos, que conoce su óptimo en los siglos XIV-XIII (DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1983, 39), mientras que en el de El Mirón, probablemente de similar cronología, se rastrean mayores reminiscencias ibéricas, al contar con la base redondeada (MARTÍN VALLS, 1979). Aquel representa el último eslabón evolutivo de los puñales europeos con sistema de empuje simple, anteriores a los primeros de lengüeta del Bronce Final que en la Civilización de los Campos de Urnas y grupos afines se conocen como «tipo

Peschiera». No se detectan exactamente esos modelos Peschiera en la Península Ibérica, pero seguramente representan un papel similar ciertos puñales como el de la Chozza B-6 de El Berrueco, Salamanca (MALUQUER DE MOTES, 1958, 55), que también aparece vinculado a cerámicas excisas y con Boquique, lo que hace presumir que la cronología de las mismas no dista demasiado de los siglos XIII-XII a. de J.C. En cualquier caso parece obligado manejar este último dato con enorme prudencia, toda vez que casi todas las cabañas de El Berrueco ofrecen objetos de hierro; pero también debe valorarse al respecto que en otras de las casas del citado castro salmantino se halló un brazalet de bronce con decoración incisa geométrica (MALUQUER DE MOTES, 1958a, 48) que con facilidad puede encontrar paralelos en la metalurgia atlántica del final del Bronce Medio (BRIARD, 1965, 130-4), es decir, en fechas nada distantes de las que cabría proponer, de acuerdo con su tipología, para el controvertido puñal.

Todos los materiales aludidos ilustran suficientemente la correspondencia de las fases más antiguas de Cogotas I con el Bronce Medio, tendiendo a establecer su inicio, incluso, en el Bronce Antiguo, lo que no es obstáculo para advertir igualmente que en ciertos yacimientos hay unos pocos materiales del Bronce Final en conexión con ese mundo. La evidencia más clara en tal sentido procede de la tumba de inhumación de San Román de la Hornija, en la que, junto a típicos vasos troncocónicos excisos y del Boquique y algún otro adorno metálico de no tanta transcendencia, destaca una fíbula de codo antigua de tipo análogo a las de la Ría de Huelva, cuyos prototipos mediterráneos, sículos y chipriotas, se sitúan en torno al 1000 a. de J.C. y con apenas cien años de posterioridad en el pecio onubense (DELIBES, 1978, 244-6). La asociación Cogotas I de este tipo de broches, por lo demás, podría no ser excepcional, teniendo en cuenta los hallazgos de El Berrueco y el Alto de la Yecla de Silos. Normalmente se interpretan como fósiles-guía del inicio del Bronce Final III ibérico, lo que supone coetaneidad con las primeras espadas de lengua de carpa, y ello es algo que no debe olvidarse teniendo en cuenta que un pequeño puñal, también de extremo en gota de sebo, procede del mismo yacimiento —Las Frailas, en la localidad palentina de Frechilla de Campos (ALCALDE, 1982)— en el que sabemos recogidos superficialmente varios fragmentos cerámicos con Boquique.

Valorando los mencionados testimonios parece posible afirmar desde la perspectiva de los materiales asociados, que Cogotas I alcanzó plenamente el Bronce Final III, y por ello aunque pueda quedar alguna

duda sobre la autenticidad de la asociación, parece más que verosímil la atribución del puño de espada de empalme en «U», probablemente pistiliforme, de Solacueva de Lacoizmonte, Álava, a las gentes de las cerámicas excisas y del Boquique detectadas en la misma estación (LLANOS, 1972, 87).

Llevar, más adelante del Bronce Final III al mundo Cogotas I parece mucho más forzado, al menos argumentándolo con asociaciones significativas. Sí resultaría posible, por ejemplo, dando por buena la relación en el nivel inferior de Sanchorraja de excisión y Boquique con las cerámicas pintadas «hallstáticas» (MALUQUER DE MOTES, 1958b), o, así mismo, con los ya citados objetos de hierro de El Berrueco; pero en uno y otro caso se trata de yacimientos insuficientemente contrastados como para garantizar que el genuino Cogotas I llegase, en estado más o menos puro, hasta el siglo VII. Un sólo dato objetivo permite en este sentido avalar la pervivencia de una de las técnicas representativas de este grupo —el Boquique— hasta el 700/650, y es su presencia en la presunta necrópolis de incineración de Reillo, Cuenca (MADERUELO y PASTOR, 1981), sobre formas comunes por estas fechas entre los Campos de Urnas del Valle del Ebro, y sobre todo su asociación allí mismo a sopores de cerámica anulares de ascendencia mediterránea que distan mucho de ser excepcionales en contextos coloniales de idéntica cronología, como los de Los Saladares, Crevillente o la Peña de La Mora de Zafayona (CARRASCO RUS *et alii*, 1982, 117). No obstante, es necesario insistir en el hecho de que ni las formas de los vasos, ni las composiciones decorativas son estrictamente Cogotas I, por lo que parece más conveniente interpretar el hallazgo de Reillo como resultado de la pervivencia de una mera técnica de decorar cerámica, y no de todo el complejo cogotiano en fechas tan bajas.

c) *Dataciones absolutas*

Todas ellas son fechas de radiocarbono obtenidas a partir de muestras recuperadas en contacto directo con materiales Cogotas I. Se presentan unificadas, con su valor en años B.P. y su conversión simple en años antes de Cristo aplicando la vida media Libby. Proceden de 18 yacimientos diferentes y han sido analizadas en al menos cinco laboratorios distintos, si bien más de tres cuartas partes de ellas se deben al Rocasolano e Isotopes. Su inventario es el siguiente:

Yacimiento	Bibliografía	Laboratorio	B.P.	B.C.
Stefilla, Lora del Río 1 (SE)	AUBET <i>et alii</i> , 1983, 48	I/11.070	3.520 ± 95	1.570
Arealillo de Cega 1 (SG)	Inédita (FDEZ. POSSE)	UGRA/99	3.510 ± 140	1.560
Setefilla, Lora del Río 2 (SE)	AUBET <i>et alii</i> , 1983, 48	I/11.069	3.470 ± 95	1.520
Atapuerca, Ibeas de J. 1 (BU)	APELLÁNIZ y URIBARRI, 1976	I/9.880	3.470 ± 190	1.520
Los Tolmos, Caracena 1 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/480	3.380 ± 50	1.430
Los Tolmos, Caracena 2 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/442	3.380 ± 50	1.430
El Asno, Los Rábanos (SO)	EIROA, 1979, 69	CSIC/340	3.380 ± 50	1.430
Los Tolmos, Caracena 3 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/408	3.370 ± 50	1.420
Los Tolmos, Caracena 4 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/409	3.360 ± 50	1.410
Los Tolmos, Caracena 5 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/443	3.360 ± 50	1.410
Atapuerca, Ibeas de J. 2 (BU)	APELLÁNIZ y URIBARRI, 1976	I/9.881	3.340 ± 160	1.390
Arealillo de Cega 2 (SG)	FDEZ.-POSSE, 1981, 51	CSIC/422	3.300 ± 50	1.350
Arealillo de Cega 3 (SG)	FDEZ.-POSSE, 1981, 51	CSIC/423	3.300 ± 50	1.350
Cabezo Redondo (A)	BALBÍN, 1978, 79	GR	3.300 ± 55	1.350
Arealillo de Cega 4 (SG)	FDEZ.-POSSE, 1981, 51	CSIC/400	3.290 ± 50	1.340
Fuente Alamo, Cuevas de A.1 (AL)	SCHUBART y ARTEAGA, 1983, 61	—	3.280 ± 70	1.330
La Vaquera, Torreiglesias 1 (SG)	ZAMORA, 1976, 63-71	CSIC/208	—	1.330
La Plaza, Cogeces del M. (VA)	Inédita (DELIBES y FDEZ. M)	Gr./10.617	3.275 ± 30	1.325
Fuente Alamo, Cuevas de A.2 (AL)	SCHUBART y ARTEAGA, 1983, 61	—	3.250 ± 70	1.300
Los Tolmos, Caracena 6 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/479	3.180 ± 50	1.230
Boecillo (VA)	Inédita (JIMENO G ^a LOMAS)	CSIC/557	3.170 ± 60	1.220
Atapuerca, Ibeas de J. 3 (BU)	APELLÁNIZ y URIBARRI, 1976	I/9.879	3.170 ± 130	1.220
Purullena 1 (GR)	MOLINA GLEZ., 1978, 170	Gr/7.285	3.160 ± 35	1.210
Los Espinos, Mave 1 (P)	SANTONJA <i>et alii</i> , 1982, 381	I/11.117	3.120 ± 95	1.170
Ecce Homo, Alcalá de H. 1 (M)	ALMAGRO y FDEZ.-GALIANO, 1980	CSIC/163	3.100 ± 70	1.150
Purullena 2 (GR)	MOLINA GLEZ. 1978, 170	GR/7.284	3.095 ± 35	1.145
La Vaquera, Torreiglesias (SG)	ZAMORA, 1976, 63-71	CSIC/149	—	1.100
Ecce Homo, Alcalá de H.2 (M)	ALMAGRO y FDEZ.-GALIANO, 1980	CSIC/164	3.020 ± 70	1.070
Ecce Homo, Alcalá de H.3 (M)	ALMAGRO y FDEZ.-GALIANO, 1980	CSIC/165	3.020 ± 70	1.070
Los Tolmos, Caracena 7 (SO)	JIMENO, 1982, 335 ss	CSIC/407	3.010 ± 50	1.060
Ecce Homo, Alcalá de H.4 (M)	ALMAGRO y FDEZ.-GALIANO, 1980	CSIC/167	2.990 ± 70	1.040
San Román de Hornija 1 (VA)	DELIBES, 1978, 237	I/9.604	2.960 ± 95	1.010
La Paul, Arbigano (VI)	LLANOS, 1983, 102	—	2.900 ± 85	950
Moncín, Borja (Z)	ARQUEOLOGÍA, 82, 1983, 135	—	2.880 ± 40	930
Los Espinos, Mave 2 (P)	SANTONJA <i>et alii</i> , 1982, 381	I/11.116	2.830 ± 95	880
San Román de Hornija 2 (VA)	DELIBES, 1978, 237	I/9.603	2.820 ± 150	870
Bizcar, Maestu (VI)	LLANOS, 1983, 102	—	—	670
La Fábrica, Getafe (M)	PRIEGO y QUERO, 1982, 302	I/12.863	2.490 ± 95	540
PARA EL RECUERDO				
Tapado de Caldeira, Baiao 1	JORGE, 1984, 55 y 56	KN/2.769	3.290 ± 55	1.340
Tapado de Caldeira, Baiao 2	JORGE, 1984, 55 y 56	KN/2.770	3.210 ± 55	1.260

Entre las casi cuarenta fechas radiocarbónicas recogidas, se incluyen dos no estrictamente relacionadas con un contexto Cogotas I; son las de Tapado de Caldeira, cerca de Oporto, donde existe un yacimiento de fosas excavadas en la arena que se interpreta como necrópolis (JORGE, 1980). El único, aunque inequívoco, vaso de Boquique que se ha recuperado en el lugar procede de la «tumba» 3, mientras que las dos fechas absolutas antes aludidas se refieren a la sepultura número 1. Por ello, aunque obviamente hagan re-

ferencia al mismo yacimiento arqueológico —yacimiento que por otra parte debió tener una vida muy corta— consideramos necesario recalcar que se trata de dataciones únicamente «para el recuerdo», de las que probablemente, aunque no con garantías plenas, se puede beneficiar el único vaso Cogotas I de la estación.

A otros niveles cabría plantear cual es el grado de fiabilidad de las fechas manejadas, recordando que en varios yacimientos se han obtenido dataciones muy distintas a partir de muestras recuperadas en un mis-

mo contexto. Se escapan de esta observación, por ejemplo, las cuatro del *Ecce Homo*, y las dos de Purullena, Fuente Álamo o Setefilla. Pero en Los Tolmos, aunque la agrupación de cinco dataciones parece prevalecer para situar el contexto en la segunda mitad del siglo XV, otras dos fechas aparecen desplazadas a los siglos XIII y XI. El problema se repite en relación con el nivel III de Atapuerca, fechado a partir de tres pruebas en los siglos XVI, XIV y XIII, si bien es cierto que la calidad de las muestras distaban de ser buenas, al contar con desviaciones estadísticas respectivamente, de ± 190 , 160 y 130; y del mismo modo podríamos pronunciarnos con Arevalillo IIa, con tres fechas de mediados del XIV y otra de la primera mitad del XVI, si bien en este último caso a la amplia desviación estadística (± 140), se podría añadir un nuevo factor distorsionante al haberse realizado la muestra en un laboratorio diferente.

Fuera de ello se advierte una significativa concentración de fechas entre la segunda mitad del siglo XV y los inicios del IX, que coincide bastante bien, sobre el Bronce Medio-Final, con las indicaciones estratigráficas y la cronología de base tipológica defendidas para el desarrollo de Cogotas I. Únicamente las dos fechas de Setefilla, más otras sueltas de Arevalillo y Atapuerca, se sitúan dentro de los límites del Bronce Antiguo, lo que permitiría sospechar, sin contradicción ostensible con el material asociado, que el inicio de este mundo es un poco más viejo de lo hasta ahora creído. Por último, las fechas de Bizcar y La Fábrica, de la primera mitad del siglo VII y la segunda del VI, se nos antojan excesivamente cortas, incluso aberrantes dado su aislamiento, aunque pueda hacerse coincidir la primera con la fecha obtenida por la cronología cruzada para los vasos con Boquique de Reillo.

Los problemas a la hora de sintetizar la información presentada en páginas anteriores comienzan a surgir en el momento mismo en que se cuestiona el origen de Cogotas I. Si, como suele admitirse, deriva de Ciempozuelos, es obvio que en un determinado momento —el de su contacto— ambos tipos cerámicos han debido coexistir y no sólo en el sentido de haber sido simultáneos, sino de haber alternado en un mismo marco, en un mismo espacio geográfico que bien podría haber sido a la luz de los datos de que disponemos el oriente de la Meseta. Un vistazo somero a la cartografía de hallazgos de campaniforme meseteño y de Cogotas I en este sector revela una apreciable similitud entre sus dispersiones lo que contribuye en efecto a sostener la idea de una relación entre ambos

mundos. Sin embargo, un análisis más minucioso de dichas reparticiones —siempre que prescindamos momentáneamente de la cueva de Arevalillo— nos obligaría a reconocer su *disociación*; campaniforme y Cogotas I ocupan igual territorio, pero no forman parte de los mismos contextos, de lo que se deduce que su relación fue fundamentalmente diacrónica, parecida a la que pueda sostenerse para los estilos cerámicos de los niveles inferiores de Las Cogotas y Sanchorreja (DELIBES y FDEZ. MANZANO, 1981, 66). Ante ello no resulta temerario suponer que el final del presumiblemente más antiguo de estos dos mundos (el campaniforme) todo lo más coincidió con el comienzo del más moderno (Cogotas I); la *conexión precisamente la representaría Arevalillo IIa*, en unas fechas antiguas que no nos parece fácil compaginar con las de mediados del siglo XIV deparadas por el C-14 para dicha situación en la cueva segoviana, a no ser que tomemos como válida la del laboratorio de la Universidad de Granada, con amplio error estadístico, que asciende al siglo XVI. Nos basamos para esta afirmación en el documento que supone el yacimiento de Los Tolmos, referencia inigualable para interpretar Arevalillo por cuanto apenas distan entre sí medio centenar de kilómetros a vista de pájaro y se sitúan en medios geográficos de relativa afinidad, en la cuenca alta del Dueño, lo que en buena lógica debería servir como garantía de desarrollos análogos. Los Tolmos arroja un horizonte de habitación y funerario cuya cronología absoluta, situada por el C-14 reiterativamente en la segunda mitad del siglo XV a. de J.C., parece ratificada por el tipo de asociaciones significativas que allí mismo se producen, tales como los botones cónicos de hueso perforados en «V» o armas arcaicas, todavía de cobre, como las puntas de flecha de aletas y pedúnculo. Ello parece suponer que en Caracena faltan *ya* las puntas de tipo Palmela, existentes aún en Arevalillo IIa, y que han sido sustituidas por otros modelos de aletas análogos a los que en el también soriano depósito de Layna se asocian a tipos claramente derivados de ellas, de pedúnculo largo y mucho más esbeltas.

Tales argumentos facilitan dos importantes deducciones: en Arevalillo IIa la fuerza de los campaniformes todavía es grande, confirmándolo la asociación de la cerámica con un elemento propio de ese mundo como es la Palmela (DELIBES, 1977). Como contrapunto, Los Tolmos parece haber superado la moda campaniforme —ni un sólo fragmento cerámico entre varios miles recuperados— y así mismo la metalurgia Ciempozuelos de los puñales de lengüeta tradicionales y de las Palmela, contrastándose en su estado más

puro un, aunque todavía claramente embrionario, Cogotas I. Sin embargo en este punto de la argumentación, siempre que se considere válido el esquema anteriormente expuesto, incide un detalle perturbador, que es la cronología absoluta de ese nivel de contacto campaniforme-Cogotas I de Arevalillo. Las fechas arrojadas repetidamente sobre tres muestras de carbón y gramíneas de las proximidades de un silo y una zona de hogar sitúan dicho horizonte en 1340/1350 a. de J.C., es decir, con clara posterioridad con respecto a Los Tolmos, lo que significa que la cronología radiocarbónica invierte los términos de lo que creemos es la secuencia lógica en el tránsito Ciempozuelos/Cogotas I.

Las opciones para intentar corregir este desfase sin recurrir a explicaciones bizantinas son sólo dos: considerar inválidas, por excesivamente bajas, las fechas de Arevalillo o demasiado altas las de Caracena, todo ello valorando que objetivamente no hay razón alguna para prescindir de ninguna de ellas, pues proceden de muestras aparentemente fiables —sin amplio error estadístico— y fueron recogidas en contextos intactos. De todos modos, obligados por la tesis, a la luz del arcaísmo de las asociaciones de Caracena, nos manifestaríamos partidarios de sostener la posición de este yacimiento en el siglo XV, proponiendo retrotraer a antes de esas fechas el nivel IIa de la cueva segoviana, lo que consecuentemente envejecería tanto el origen de Cogotas I como el final del campaniforme meseteño. Aparte las fechas, un único problema encontraríamos para una interpretación en tal sentido: la presencia de amplias cazuelas lisas, carenadas, en ese mismo nivel de Arevalillo que podrían reclamar cronologías más modernas por su proximidad respecto a las del Bronce Pleno de otras áreas (FERNÁNDEZ POSSE, 1981, 73-4). Sin embargo, en relación con ello sería interesante reflexionar sobre tres aspectos. En primer lugar, que vasijas bastante similares a ésas coexisten con el Ciempozuelos en niveles cerrados de ese mundo que apenas sobrepasan el siglo XIX en fechas absolutas, como ocurre en la fase V de Monte-frío (ARRIBAS y MOLINA, 1978, 28); en segundo término que formas análogas se repiten en un interesante arenero de Getafe en la Meseta Sur, el del Tejar del Sastre, que no llegó a conocer interferencia alguna de las primeras manifestaciones Cogotas I regionales, y sí todavía magníficas cerámicas del campaniforme inciso meseteño (QUERO, 1982, 183 ss); y así mismo, por último, que algunas de tales fuentes del Arevalillo IIa (FERNÁNDEZ POSSE, 1981, fig. 8, 29) no hacen sino reproducir en liso una forma tan clásica del

equipo funerario más genuino de Ciempozuelos, como es la cazuela.

Por todo ello, pese a la contradicción que supone respecto al C-14, nos resulta francamente viable ver en ese nivel de la cueva segoviana el nexo campaniforme de Cogotas I, pero, insistimos, siempre sobre la base de situarlo en fechas mucho más altas. En tal sentido nos parece importante poder descartar un argumento varias veces manejado a favor de la perduración del campaniforme hasta un momento tardío, incluso pleno de Cogotas I: la presencia de especies Ciempozuelos presuntamente degeneradas en el castro de la Yecla de Santo Domingo de Silos, cuyo componente principal a nivel cerámico coincide perfectamente con el del grupo de excisión y Boquique (MOLINA y ARTEAGA, 1976, 178; FERNÁNDEZ POSSE, 1981, nota 16). Es cierto que hay dos fragmentos en la lámina IV, abajo, de la publicación del P. SATURIO GONZÁLEZ (1945) que son campaniformes con decoración incisa e impresa de triángulos, pero lo es igualmente que no proceden de dicho yacimiento. Hemos llegado a saber, manejando los cuadernos arqueológicos o «Itinerarios», —como él gustaba llamar— del benedicto silense, que esas dos piezas proceden en realidad de El Picacho y como de tal lugar figuran en cuantas fotografías de este yacimiento ilustran las memorias inéditas que dicho investigador enviaba periódicamente a la Diputación de Burgos. Supone ello, por tanto, que la pretendida conexión de La Yecla —allí necesariamente tardía, por el contexto— del campaniforme «estilo Silos» y del Cogotas carece de validez, al apoyarse simplemente en una confusión.

Así pues, nos manifestamos partidarios de la posterioridad de Los Tolmos respecto a Arevalillo, así como de ver en el nivel IIa de esta última estación el nexo Cogotas/campaniforme, pero con ello no queda resuelta la cuestión cronológica en términos absolutos, es decir el cuándo de dicho contacto. Para ello parece útil tener en cuenta la única fecha de C-14 disponible para una tumba del óptimo Ciempozuelos (Fuente-Olmedo), situada en 1670 a. de C., toda vez que representa un, aunque ambiguo, término *post quem* para el final de dicha civilización. Por otra parte, también nos parece significativo topar con especies incisas muy afines a las del inicio de Cogotas —si no propiamente correspondientes a tal mundo, pese a la ausencia de excisión y Boquique— en niveles del final del Bronce Antiguo de Setefilla, para los que el C-14 arroja fechas dentro del siglo XVI. Según estos dos últimos detalles habría que confiar en que la anhelada imbricación Ciempozuelos/Cogotas se situara

a partir de la mitad del siglo XVII y antes del primer tercio del XVI, si bien el amplio error estadístico de las muestras del mencionado poblado sevillano podría hacer aconsejable rebajar algo esas fechas hasta mediados del milenio.

Casi todos los indicios permiten afirmar, pues, que a fines del siglo XV, si no algo antes, el grupo meseteño de las cerámicas excisas y del Boquique ha iniciado su andadura. La evidencia de Los Tolmos es a este nivel incontestable, pese a que la gran mayoría de los vasos decorados de este yacimiento no lo estén con las mencionadas técnicas, sino con motivos incisos de espigas y zig-zags (JIMENO, 1983). Excisión y Boquique, aunque presentes, son minoritarias y sobre esa base JIMENO sustenta su decisión de no clasificar el material de los Tolmos como Cogotas I, sino correspondiente a un Bronce Medio anterior a ese mundo y a la plenitud de tales técnicas (JIMENO, 1981, 11). La distinción puede ser útil, sin duda, a nivel de periodización, pero la continuidad de este yacimiento soriano con otros muchos meseteños algo más tardíos es tan evidente que creemos preferible compartir con otros autores (FERNÁNDEZ POSSE, 1982, 154) la idea de que representa antes una fase anterior o primera de esta cultura que un mundo al margen de ella, por lo que alguna vez propusimos conocerla como proto-Cogotas (DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1981). Entrar a definirla aquí pormenorizadamente excede nuestros propósitos, más cuando se trata de un aspecto magníficamente tratado por FERNÁNDEZ-POSSE (1982); nos limitaremos a señalar por ello que ya muerden los vasos troncocónicos y que predominan las decoraciones incisas de zig-zags, espigas y retículas, pero sin ser exclusivas —como en cierta ocasión llegamos a creer ante la evidencia de los materiales recuperados en La Plaza, en Cogeces del Monte— pues, aunque en proporciones muy débiles, Boquique y excisión si están presentes.

A esta primera etapa, siempre siguiendo a Fernández-Posse, sucedería otra de plenitud con mayor presencia de las dos últimas técnicas mencionadas, cuyo inicio no es fácil de fijar aunque diversas fechas de C-14 aconsejan situarla a partir de fines del siglo XIV por cuanto en ella tendrían cabida el vaso de Tapado de Caldeira y también las primeras interferencias en el mundo argárico tardío del Sureste. La mayor parte de las estaciones Cogotas I conocidas deben clasificarse en esta fase, que coincide con la expansión del grupo por casi toda la Península y que perdura sin grandes altibajos hasta el final del siglo X o comienzos del IX en que debió acaecer su declive. El yacimiento de San

San Román de Hornija, con sus fechas de radiocarbono y la asociación a sus típicas cerámicas de una fíbula de codo de tipo onubense, representa perfectamente, en nuestra opinión, el límite final de esta fase de esplendor (DELIBES, 1978).

Curiosamente, en las áreas en las que Cogotas I se manifiesta como resultado de su expansión desde las tierras interiores resulta relativamente sencillo relacionar su decadencia con acontecimientos conocidos de hacia el siglo IX a. de J.C., todo lo contrario de lo que ocurre en su territorio original. En el oriente de Andalucía comprobamos que el repliegue se produce ante un avance de nuevos estilos cerámicos, a veces con decoración pintada, como los representados en los niveles más bajos de Galera o en el nivel IIIb de Monachil. En el Bajo Guadalquivir y Extremadura, como igualmente vimos, parece sucumbir frente a la pujanza de las especies de retícula bruñida interna y de las pintadas de tipo Carambolo. En Portugal, al Norte del Tajo, las cerámicas documentadas por KALB (1979, 584-5) en el castro «Senhora da Guía» de Baioes, no excesivamente alejadas de las bruñidas tipo Alpiarca, también pasarían sin dificultad por término *ante quem* del Boquique de Tapado de Caldeira. Y, finalmente, en el tramo superior del valle medio del Ebro son los grupos de Campos de Urnas con cerámicas acanaladas —por ejemplo del P. III de Cortes de Navarra (MALUQUER DE MOTES, 1958, 115)— los que en un impreciso momento del siglo IX, no excesivamente alejado del 930 que apunta el C-14 para la presencia del Boquique en Moncín, deben haber acabado con la civilización de Cogotas I.

En la Meseta, adonde apenas parecen haber llegado influjos del Valle del Ebro anteriores al siglo VII y donde tampoco se deja sentir claramente, por lo que hoy sabemos, una incidencia de los grupos meridionales, no es posible precisar con exactitud como transcurrieron los siglos noveno y octavo y por ello no hay que descartar que, al menos en determinados sectores, se produjera una prolongación de Cogotas I hasta los inicios de la Edad del Hierro. Algunos testimonios pueden manejarse en este sentido, si bien, justo es reconocerlo, siguen siendo demasiado endebles para poderlo garantizar.

En la zona de contacto del oriente de la Meseta y el valle del Ebro puede comprobarse, conforme ha estudiado RUIZ ZAPATERO recientemente (1984), que a partir del 700 empiezan a filtrarse algunos elementos de Campos de Urnas, que serán los primeros de la región antes del desarrollo de la «cultura castreña» soriana. Se trata de vasitos con decoraciones excisas,

como los de Castilviejo de Yuba, Numancia o Quintanas de Gormaz, cuyo parentesco con los del El Redal o Roquizal de Rullo queda fuera de toda duda. Por ello, su trascendencia en relación con el último desarrollo de Cogotas I sería nimia, si no fuera porque en algún caso es posible atisbar una conexión de las mismas con especies decoradas con Boquique. En efecto, se intuye esa interesante circunstancia en Castilviejo, aun cuando sea lícito dudar de la simultaneidad del conjunto de materiales que de allí procede (ORTEGO, 1964), y queda totalmente demostrada tras la excavación de un yacimiento riojano, Las Eras de San Martín de Alfaro, en uno de cuyos niveles HERNÁNDEZ VERA (1982, 51) comprueba la asociación de excisas de tipo Redal y temas de Boquique, lo que hablaría de la coetaneidad de ambas especies.

Algo que no queda tan claro, sin embargo, es el alcance cultural de esta conexión Boquique/excisión tipo Redal, por cuanto no sabemos bien si se trata del encuentro de dos mundos en igualdad de condiciones —Cogotas y los llamados Campos de Urnas de esta zona del Ebro— o si la presencia de la primera de las técnicas mencionadas responde a un mero préstamo anacrónico, cuando Cogotas ya está eclipsada, en un grupo foráneo y recién instalado en el territorio. En otras palabras, resulta cuando menos cuestionable saber si el mencionado nivel de Alfaro es o no merecedor de recibir el título de Cogotas I. Si, como suponemos, la presencia del Boquique allí representa el mismo papel que en la estación conquense de Reillo, habremos de convenir que es preferible hablar de simples gentes de Campos de Urnas con cerámicas idénticas formalmente a algunas del Roquizal del Rullo, y en las que aquella técnica típica de Cogotas sólo llegó a aplicarse en el trazo de motivos propios del Valle del Ebro, como los triángulos cubiertos con líneas paralelas.

Dicha interpretación nos impulsaría a defender que a comienzos del siglo VII está consumado el ocaso de Cogotas I, sin poder precisar cuanto tiempo antes de esa fecha se produjo su fin. En todo caso, la propia pervivencia del Boquique como técnica nos hace sospechar que tal ocurrió no mucho antes del 700, y en tal sentido debemos subrayar algunos aspectos, no tan estrictamente relacionados con el oriente de la Meseta, que podrían arrojar alguna luz sobre el tema.

En ese contexto es digna de destacarse la particularidad de las cerámicas del Castillo de Carpio Bernardo (Salamanca), recogidas en su mayor parte por el P. Belda en la superficie de un enorme vertedero existente en la ladera meridional del promontorio en

que se encuentra (MARTÍN VALLS y DELIBES, en prensa). Tales cerámicas son, en cuanto a las técnicas decorativas, indiscutiblemente Cogotas I, aún documentándose proporciones muy altas de excisión y Boquique, no habituales en la plenitud de este mundo, y también en cuanto a las formas, puesto que predominan las grandes fuentes troncocónicas de fondo, tan típicas de ese momento. Sin embargo constatamos también dos aspectos originales que no pueden pasar desapercibidos: la presencia, por un lado, de formas panzudas fuertemente carenadas, y por otro la adecuación a ellas de sistemas decorativos metopados que replican con bastante fidelidad —siempre, insistimos, dentro de la pureza Cogotas I de las técnicas con que están realizadas— a los de los más típicos recipientes de El Redal (BLASCO, 1973 y 1974). Es este un dato que nos induce a creer que los vasos excisos de este yacimiento riojano fueron sincrónicos de una fase final de Cogotas I en el occidente de la Meseta. La diferencia con respecto a la situación que antes señalábamos para el alto Duero es ostensible: aquí la impresión es de que cuando avanzan las excisas tipo Redal —seguramente, como vimos, hacia el 700— el mundo Cogotas I se bate en retirada; en El Carpio, en cambio, da la sensación de que esa incidencia de Campos de Urnas resulta insuficiente o demasiado débil para truncar el desarrollo de la cultura indígena, por lo que ésta sobrevive.

Consideramos, por tanto, que esta fase de Carpio Bernardo representa un estadio muy avanzado en la evolución de Cogotas I, el cual en fechas absolutas habría de llevarse todo lo más —por sus paralelos con El Redal y la mantenida dependencia de éste respecto a las excisas del Bronce Final III francés (RUIZ ZAPATERO, 1981, 27-8)— a la segunda mitad del siglo VIII y seguramente al 700. Mas si es cierto que Cogotas I persistió en la Meseta hasta ese momento y que por entonces se imbricó con los Campos de Urnas en el alto Duero y Ebro medio, no nos atreveríamos en rigor a negarle al grupo meseteño alguna parte de responsabilidad en la gestación de las excisiones riojanas y alavesas, lo que acaso permitiría elevar un poco las fechas sostenidas para el origen de las mismas. De esta manera, aceptando el desarrollo de Cogotas I hasta al menos el 700 parecería, algo más viable dentro de la dificultad, entender algunos otros puntos confusos como la asociación de cerámicas excisas y del Boquique con elementos de hierro en algunas de las casas de El Berrueco (MALUQUER DE MOTES, 1958a, 69); la presencia de estampaciones circulares concéntricas tipo Roquizal en algún vaso del mismo yacimien-

to salmantino (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1976, 14-5), o —tal vez— la relación del Boquique con cerámicas a mano pintadas, de las denominadas «hallstätticas», en el nivel inferior del castro abulense de Sanchorreja (MALUQUER DE MOTES, 1958b, 43-7).

Algunos otros detalles, por lo demás, parecerían corroborar el sincronismo de este nivel bajo de Sanchorreja y del horizonte del Carpio Bernardo. Los temas decorativos de la cerámica son en ambos enormemente barrocos; la excisión llega a porcentajes excepcionalmente altos respecto a las otras técnicas, y curiosamente no es raro en ninguna de las dos estaciones —ni tampoco en ciertos areneros de Madrid, donde se constatan materiales similares— el uso de pasta roja para destacar los motivos de los vasos, sustituyendo a la habitual de color blanco. En alguna ocasión se ha señalado que tal vez con este cambio se pretendiera imitar a las cerámicas pintadas «hallstätticas» (ALMAGRO GORBEA, 1977, 115; DELIBES, 1978, 240), pero hoy creemos mucho más acertado relacionarlas, bien a nivel de fuente de inspiración o de simple referencia cronológica, con las cerámicas de incrustación en rojo y blanco de tipo Crevillente (GONZÁLEZ PRATS, 1979; GIL MASCARELL, 1981, 26-8), sin que ello signifique que su origen no pueda ser más antiguo que las fechas de entorno al 700 que se defienden para estas últimas. Recuérdese, además, a este respecto que significativamente también se da la incrustación bícroma, roja y blanca, en uno de los vasos, aunque inciso, de Reillo (MADERUELO y PASTOR, 1981, 176).

Hay ahí posiblemente, por tanto, una nueva referencia cronológica indirecta para esta etapa final de Cogotas I, y aún podemos recurrir a otra más, aunque muy imprecisa, que delataría para estas fechas tardías una cierta degradación de los rasgos más genuinos del grupo meseteño de excisión y Boquique: el hallazgo en la «Fábrica» de Getafe de presuntos enterramientos de incineración asociados a cerámicas que, no obstante la novedad de su forma —fuertemente carenada, casi bicónica— y el detalle de su incrustación en rojo, ostenta motivos y composiciones anclados en un estilo anterior (PRIEGO y QUERO, 1982). La Fábrica cuenta con una fecha de C-14 de mediados del siglo VI que se nos antoja excesivamente baja para este mundo, todo lo más contemporáneo de Reillo en la primera mitad del VII, o del final del Ecce Homo I antes de inaugurarse allí la fase Carrascosa (ALMAGRO GORBEA y FDEZ.-GALIANO, 1980, 108). Las tumbas de Carrascosa, muy en la línea de las de los Campos de Urnas (ALMAGRO GORBEA, 1969) delatan el avance de la cremación en la Meseta, como fórmula funera-

ria, a partir del 700; las presuntas incineraciones de La Fábrica tal vez podrían interpretarse como enterramientos más o menos coetáneos, correspondientes a una fase final de Cogotas I, en la que ya se ha perdido la arraigada tradición inhumadora del grupo durante la Edad del Bronce.

Bibliografía

- ALCALDE, G. 1982. *Otras aportaciones a la Edad del Bronce en la provincia de Palencia. El Puñal de Frechilla*, Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses, 46, 83 ss.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1969. *La necrópolis de Las Madrigueras en Carrascosa del Campo (Cuenca)*, B.P.H., X, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1977. *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, B.P.H., XIV, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. y FERNÁNDEZ GALIANO, D. 1980. *Excavaciones en el Cerro "Ecce Homo" (Alcalá de Henares, Madrid)*, Madrid.
- AMORES, F. 1982. *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla.
- APELLANIZ, J.M. y URIBARRI, J.L. 1976. *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). I. El Santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 5.
- ARRIBAS, A. 1976. *Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 1, 139 ss.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. 1978. *Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío (Granada)*, V Atlantic Colloquium, Dublin, 7 ss.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y MOLINA, F. 1974. *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina de Monachil (Granada)*, E.A.E., n.º 81, Madrid.
- AUBET, M.E. 1981. *Sepulturas de la Edad del Bronce en la Mesa de Setefilla (Sevilla)*, Madr. Mitt., 22, 127 ss.
- AUBET, M.E., SERNA, M.R. y ESCACENA, J.L. y RUIZ, M.M. 1983. *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, E.A.E., n.º 122, Madrid.
- BALBÍN, R. 1978. *El Bronce Medio Peninsular y la cronología radiocarbónica*, Serie Universitaria Fund. March, n.º 77, Madrid, 95-100.
- BARANDIARÁN, I. 1978. *La Atalayuela: fosa de inhumación colectiva del Eneolítico en el Ebro Medio*, Príncipe de Viana, 152-3, Pamplona, 381 ss.

- BLASCO, C. 1973. *Cerámica excisa de El Redal*, Miscelánea de Arqueología Riojana, Logroño, 101 ss.
- BRIARD, J. 1965. *Les dépôts bretons et l'Age du Bronze Atlantique*, Rennes.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J.A. 1982. *Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979*, NAHisP., 13, 7 ss.
- CARRIAZO, J. de M. y RADDATZ, K. 1961. *Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona*, Madr. Mitt., II, 61 ss.
- CASTILLO, A. DEL 1943. *Cronología de la Cultura del Vaso Campaniforme en la Península Ibérica*, AEArc., XVI, 388 ss.
- DELIBES, G. 1977. *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*, Studia Archaeologica, 46, Valladolid.
- DELIBES, G. 1978. *Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)*, T. de P., 35, 225 ss.
- DELIBES, G. 1983. *El País Vasco, encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (siglo XVIII a. de J.C.)*, Varia, II, Valencia, 131-164.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. 1981. *El castro protohistórico de "La Plaza" en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I*, BSAA, 46, 51 ss.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. 1983. *Calcolítico y Bronce en tierras de León*, Lancia, 1, 19 ss.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. 1981. *La tumba de Celada de Robledo y los inicios del Bronce Antiguo en el Valle Medio y Alto del Pisuerga*, T. de P., 38, 153 ss.
- DELIBES, G. y MUNICIO, L. 1981. *Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte*, Numantia, 1, 65 ss.
- EIROA, J.J. 1979. *La Cueva del Asno, Los Rábanos (Soria)*, E.A.E., n.º 107, Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y BALBÍN, R. DE 1971. *Piezas de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Soria*, T. de P. 289 ss.
- FERNÁNDEZ POSSE, M.D. 1979. *Informe de la primera campaña (1977) en la cueva de Arevalillo (Segovia)*, NAHisP., 6, 51 ss.
- FERNÁNDEZ POSSE, M.D. 1981. *La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)*, NAHisP., 12, 43 ss.
- FERNÁNDEZ POSSE, M.D. 1982. *Consideraciones sobre la técnica de Boquique*, T. de P., 39, 137 ss.
- GIL MASCARELL, M. 1981. *Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, n.º 1, 9 ss.
- GÓMEZ, J. 1980. *Les cultures de l'Age du Bronze dans le bassin de la Charente*, Perigueux.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1979. *Cerámicas de incrustación de la primera Edad del Hierro en la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Actas XV CNArc., Lugo, 1977, Zaragoza, 655 ss.
- GONZÁLEZ SALAS, S. 1945. *El Castro de Yecla, en Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Informes y Memorias, 7, Madrid.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A. 1982. *Ruinas de Inestrillas. Estudio Arqueológico. Aguilar del Río Alhama, La Rioja*, Logroño.
- JIMENO, A. 1981. *Nuevas bases para el estudio de la etapa postcampaniforme en la zona del Alto Duero* (Resumen de Tesis Doctoral), Zaragoza.
- JIMENO, A. 1982. *Las fechas de C-14 del yacimiento de Los Tolmos de Caracena (Soria)*, T. de P., 39, 335 ss.
- JIMENO, A. 1983. *Un yacimiento del Bronce Medio meseteño: Los Tolmos de Caracena*, Revista de Arqueología, n.º 23, 44 ss.
- JORGE, S.O. 1980. *A estação do Tapado de Caldeira, Baião*, Portugalia. Nova Serie, 1, 29 ss.
- JORGE, S.O. 1984. *Duas datas de C-14 para a sepultura I da estação do Tapado de Caldeira (Baião)*, Arqueologia, 8, 55-6.
- KALB, Ph. 1979. *Contribución para el estudio del Bronce Atlántico: Excavaciones en el Castro "Senhora da Guia" de Baiões (Concelho S. Pedro do Sul)*, Actas XV CNArc., Lugo, 1977, Zaragoza, 581 ss.
- LLANOS, A. 1972. *Cerámica excisa en Álava y provincias limítrofes*, Estudios de Arqueología Alavesa, 5, 81 ss.
- LLANOS, A. 1983. *Campos de depósitos en hoyos y depósitos en cuevas*, en «Museo de Arqueología de Álava», Vitoria, 1983.
- MADERUELO, M. y PASTOR, M.J. 1981. *Excavaciones en Reillo (Cuenca)*, NAHisP., 12, 159 ss.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1958a. *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*, Acta Salmanticensis, XIV, Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, 1958b. *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja, Ávila-Salamanca*.
- MALUQUER DE MOTES, 1958c. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico (II)*, Pamplona.
- MARTÍN, A., GUILAINE, J. y THOMMERET, J. e Y. 1981. *Estratigrafía y dataciones de C-14 del yacimiento de la Cova del Frare de St. Llorenç del Munt (Matadepera, Barcelona)*, Zephyrus, XXXII - XXXIII, 101 ss.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES, G. 1976. *Sobre la cerámica de la fase Cogotas I*, BSAA, XLII, 5 ss.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES, G. 1979. *Un puñal de la Edad del Bronce ballado en El Mirón, Ávila*, Rev. de Guimarães, LXXXIX, 327 ss.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES, G. en prensa. *Las cerámicas Cogotas I del Castillo de Carpio Bernardo (Salamanca)*, BSAA.

- MOLINA GONZÁLEZ, F. 1978. *Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 3, 159 ss.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O. 1976. *Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 1, 175, ss.
- MOLINA, F. y PAREJA, E. 1975. *Excavaciones en La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*, E.A.E., n.º 86, Madrid.
- ORTEGO, T. 1964. *Castilviejo de Yuba (Soria). Nuevo yacimiento con cerámica excisa*, Actas VIII CNArq., Sevilla-Málaga, 1963, Zaragoza, ss.
- PELLICER, M. 1980. *Ensayo de periodización y cronología tartesia y turdetana*, Habis, 10, 307 ss.
- PRIEGO, M.C. y QUERO, S. 1983. *Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1982*, Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas, 2, 285 ss.
- QUERO, S. 1982. *El poblado del Bronce Medio del Tejar del Sastre (Madrid)*, Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileña, 1, 183 ss.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1981. *Cerámicas excisas de la primera Edad del Hierro en Aragón*, Turiaso, II, 9 ss.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1984. *Cogotas I y los primeros "Campos de Urnas" en el Alto Duero*, Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana, Soria, 169 ss.
- SANTONJA, M. y ALCALDE, G. 1982. *Aspectos de la ocupación humana antigua del cañón de La Horadada (Palencia)*, Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses, 47, 339 ss.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. 1980. *Fuente Álamo. Excavaciones de 1977*, NAHisp., 9, 245 ss.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, 1983. *Excavaciones en Fuente Álamo. La Cultura de "El Argar"*, Revista de Arqueología, n.º 25, 54 ss.
- SCHULE, M. y PELLICER, M. 1966. *El Cerro del Real (Galería, Granada)*, E.A.E., n.º 52, Madrid.
- TORRE, F. DE LA 1978. *Estudio de las secuencias estratigráficas de la cultura del Argar en la provincia de Granada*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, n.º 3, 143, ss.
- ZAMORA, A. 1976. *Excavaciones de la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)*, Segovia.

Madrid-Valladolid, 1984